



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **Identidad, subjetividad y política; el neocardenismo: Revolución o democracia**

AUTOR: *José Luis Gutiérrez Espíndola*

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

"Nuestra tradición de exclusión arranca de esas dualidades irredimibles entre liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, federalistas y centralistas.... Los libros, las visiones y los actores han cambiado, pero no del todo las actitudes".

(Luis F. Aguilar Villanueva, "Rasgos de la Vida Pública Mexicana").

RESUMEN:

El presente trabajo pretende demostrar que lo que está en la base de la paulatina pérdida de iniciativa del neocardenismo, de su estrategia de confrontación y de su desdibujamiento como alternativa política al priísmo es la propia forma en que dicho movimiento se constituyó como sujeto político, el tipo de valores y expectativas que articularon su discurso, las interpelaciones que puso en juego en la contienda por el poder, su peculiar interpretación del proceso electoral de 1988 y el liderazgo caudillista que lo expresó. El dispositivo conceptual utilizado se apoya en el papel del factor subjetivo y en los procesos de construcción y atribución de identidades políticas.

ABSTRACT:

Identity, Subjectivity and Politics.

The following essay will try to demonstrate that the reason behind the gradual loss of initiative in neocardenism, the strategy of confrontation and its downfall as a political alternative to the PRI, is the manner in which such a movements was constituted as a political subject, the types of values and expectations that articulated the lecture, various interpellations put at stake in the battle for power, the peculiar interpretations during the elections in 1988 and the leadership expressed. The conceptual device utilized is supported in the role of the subjective factor and in the process of construction and attribution of political entities.

TEXTO

1. Introducción

El proceso electoral federal de 1988 hizo abrigar a muchos sectores de la población y en particular a algunos de quienes fueron sus principales protagonistas, la expectativa de

cambios rápidos y sustantivos en el sistema político mexicano, particularmente en los ámbitos de las instituciones electorales, el sistema de partidos y el equilibrio de poderes.

Tal expectativa aparecía fundada en la idea, muy generalizada en el período inmediatamente posterior a los comicios del 6 de julio, de que el sentido y la magnitud del voto opositor expresaban una crisis virtualmente irreversible del partido hegemónico, de su estructura corporativa y del presidencialismo, al tiempo que imponían de manera ineludible cambios en los procesos de configuración del poder político.

La interpretación de que la larga hegemonía priísta se estaba desmoronando y llegaba a su fin, deteriorados como estaban su legitimidad, sus mecanismos de control y su funcionalidad misma, hizo que el neocardenismo, [1] principal tributario de esta visión, concentrara todos sus recursos y su fuerza en un único punto: precipitar la caída del priísmo.

Pero si el neocardenismo apostó en favor de esta vía -de la cual proviene la estrategia de la ilegitimidad del gobierno salinista- es porque asumió que en contraste con el PRI, detrás suyo estaba un poderoso movimiento social dispuesto a reclamar y a hacer valer intransigentemente sus derechos ciudadanos violentados en los comicios; un movimiento que desde este punto de vista emergía como expresión fehaciente de una cultura política renovada, participativa, democrática, así como de una "nueva mayoría nacional". En el entendido de que había sido el catalizador de ambos fenómenos, el neocardenismo se asumió como directa expresión de esa nueva mayoría (Gutiérrez López, 1989:56), idea condensada en la fórmula de "el partido que nació el 6 de julio".

Así pues, esgrimiendo un importante capital político y moral el neocardenismo optó por una estrategia de confrontación. La posterior evolución de los acontecimientos, sin embargo, se ha encargado de echar por tierra lo que eran algunas de las principales premisas de esta estrategia. Sólo a nivel de enunciados se pueden mencionar rápidamente los siguientes hechos:

1. El presidencialismo, al que de facto las elecciones parecían haber acotado su margen de maniobra y cuya declinación algunos festinaron, no sólo se ha recuperado bajo el mandato de Salinas de Gortari sino que muestra un vigor sorprendente.

2. La fracción parlamentaria del PRI en la Cámara de Diputados ha sorteado los problemas asociados a su apretado margen de ventaja y si bien ha debido llegar a fórmulas de compromiso con otros partidos, lo ha hecho sin gran menoscabo de sus propios proyectos legislativos e incluso ha podido sacar adelante reformas constitucionales que requieren mayoría calificada de dos tercios.

3. La nueva cultura política participativa demostró no ser un fenómeno homogéneo y generalizado. Admitiendo que en las elecciones del 6 de julio de 1988 empezaron a despuntar nuevos patrones de percepción y comportamiento político, lo cierto es que los cambios en el terreno de la cultura política obedecen a procesos desiguales en cuanto a su maduración, lo que por ejemplo explicaría los elevados índices de abstencionismo en comicios posteriores, así como la precaria imagen que la ciudadanía sigue teniendo de la política y de los partidos, y así como su reducido interés en el tema y su bajo sentido de eficacia política. [2]

4. El vasto movimiento social que votó por la fórmula neocardenista, lejos de traducirse en sustento de una nueva y permanente opción político electoral de centro-izquierda, terminó desarticulándose y dispersándose en diversas direcciones.

5. El Partido de la Revolución Democrática en que finalmente devino el neocardenismo no sólo no capitalizó políticamente el apoyo ciudadano recibido, sino que a la fecha no ha podido darse ni una sólida estructura orgánica ni una identidad propia claramente establecida, más allá de la derivada de su persistente oposicionismo, el cual por cierto lo ha conducido a un creciente aislamiento que lo vuelve políticamente ineficaz.

Lo que trataremos de argumentar aquí es precisamente que lo que está en la base de la paulatina pérdida de iniciativa del neocardenismo, de su estrategia de confrontación y de su desdibujamiento como alternativa política frente al priísmo es la propia forma en que dicho movimiento se constituyó como sujeto político, el tipo de valores y expectativas que articularon su discurso, las interpelaciones que puso en juego en la contienda por el poder, la manera como trazó el mapa de sus aliados y adversarios, el tipo de identidad que les adjudicó y, finalmente, su peculiar interpretación del proceso electoral de 1988.

Más específicamente, las ideas que nos proponemos desarrollar son las siguientes:

1. Las raíces de la estrategia de confrontación en la que se ha involucrado el PRD se pueden hallar ya en el proceso mismo de diferenciación y construcción de la identidad de la Corriente Democrática del PRI en la segunda mitad de 1986. En particular, en un discurso en el que la Corriente se presenta como la legítima portadora del "proyecto histórico constitucional" frente a un ala tecnocrática, modernizadora y neoliberal que había traicionado los principios originarios de aquél.

2. Al plantearse no una discrepancia política como tal sino un problema de legitimidad de origen, es decir, al pretender dirimir quién es el verdadero continuador de dicho proyecto constitucional, lo que sigue es una disputa fratricida por la herencia revolucionaria en la que sólo son posibles los papeles de lealtad o de traición respecto a esa herencia y no un debate entre opciones políticas distintas, pero legítimas y al mismo nivel.

3. Trazada así, desde un principio, la frontera entre verdad y falsificación, entre fidelidad y deslealtad a los orígenes, el escenario está puesto para una lucha maniquea entre sujetos con diferente calidad moral y en la que, por lo mismo, no hay posibilidad alguna de acuerdo (no se pacta con un traidor). En otras palabras, la relación entre los contendientes es de radical exterioridad: se trata de un conflicto entre enemigos irreductibles cuya resolución sólo es posible mediante el exterminio de uno de ellos.

4. Este conflicto adquirió dimensiones mayores por cuanto tuvo como espacio originario un partido como el PRI, que ha cultivado los valores de la unidad y la disciplina como vías para justificar el autoritarismo, así como para estigmatizar y proscribir el disenso. Ello explicaría la intolerancia con que fue tratada la Corriente Democrática y también la radicalización y esa suerte de revanchismo que caracterizó a esta última y que más tarde se trasladó al Frente Democrático Nacional (FDN) y al PRD.

5. El antagonismo así construido terminó transfigurándose en estrategia política del neocardenismo, la cual se afianzó a partir de la lectura lineal e indiferenciada que éste hizo del significado del voto cardenista, al que, como se ha dicho, entendió como expresión de una nueva mayoría nacional y de una decisión inequívoca de transformación social, revelador todo ello del derrumbe priísta. Esta última interpretación de carácter catastrofista determinó que se volcaran todas las fuerzas disponibles a apresurar su debacle. Ahí está uno de los resortes de la apuesta que el neocardenismo hizo sobre la ilegitimidad del triunfo electoral de Salinas de Gortari y la ingobernabilidad. En efecto, si los supuestos de que se partían eran de que:

a) La fuerza moral del reclamo de triunfo para la coalición frentista era por si sola suficiente para mantener articulado indefinidamente al movimiento;

b) Los cambios políticos eran irreversibles en el sentido de que la hegemonía priísta se había fracturado y que, por tanto, el PRI y el gobierno se hallaban arrinconados, sin posibilidad real de reconstitución, resultaba obvio que no cabía optar por una estrategia de negociación que abriera cauces a un proceso pactado de transición a la democracia (en un cuadro bélico, ¿por qué negociar con un enemigo en retirada?), sino que se buscara más bien darle la puntilla.

6. El opositorismo neocardenista se ha afirmado, asimismo, en respuesta al sistemático hostigamiento al que lo ha sometido el gobierno, pero también como consecuencia de la lógica interna de su desarrollo. Enfrentado a la evidencia de la recuperación del salinismo, de la buena salud del presidencialismo y del repunte -ese sí más modesto- del partido en el poder, el neocardenismo sólo ha atinado a descalificar y a minimizar esos avances, condenándose a ir siempre a la zaga, respondiendo a cada acción gubernamental, pero sin poder recuperar la iniciativa. Pareciera como si su visión se hubiera fijado en el momento político que siguió a los comicios y fuera incapaz de percibir los desplazamientos ocurridos en las identidades colectivas y en el escenario político en su conjunto. De ahí que para el neocardenismo los cambios son meramente producto de maniobras o manipulaciones (del lado del poder) o de inconsistencias y deslealtades (del lado de sus antiguos adeptos), perspectiva que absuelve de toda responsabilidad al propio movimiento en la dilapidación de su capital político.

7. La lógica de confrontación en que se hallan inmersos el PRI y el PRD puso en riesgo el proceso de negociación en torno a la reforma político-electoral y sin duda limitó sus alcances, cuando era (y aún puede ser) la puerta de acceso al establecimiento de nuevas rutinas políticas sobre las cuales fincar un juego democrático abierto y estable, con real competencia de partidos, pluralismo ideológico y alternancia en el poder, cuya legitimidad descansa en el voto popular y en el respeto a las reglas del juego -como las denomina Norberto Bobbio- y no en fórmulas clientelar-asistencialistas (por lo demás hoy en crisis) ni tampoco en pretensiones de cualesquiera de las fuerzas de encarnar la continuidad del proyecto fundador de la nación o el interés general.

8. La profundización de esa lógica de confrontación podría llegar a tener ominosas consecuencias para la estabilidad política del país como lo muestran, por ejemplo, las escuelas de polarización y violencia de las jornadas electorales de Michoacán y Guerrero.

En el siguiente apartado expondremos el enfoque y el dispositivo conceptual que pretendemos utilizar para poner bajo análisis el desarrollo del neocardenismo.

2. Construcción social del sentido, sujetos e identidades colectivas

Tradicionalmente la política ha sido analizada a partir de condiciones extradiscursivas (Laclau, 1985:41), en las que los sujetos y el juego político mismo aparecen dados previamente, como si se tratara de entidades preconstituidas que entran en relación y no de sujetos que se forman en la propia relación y, por otra parte, como si se tratara de conflictos que tienen su explicación fuera de esta última.

Tomado así el problema, se oscurece la cuestión crucial de cómo se configuran los sujetos colectivos y cómo el mismo proceso de darse una identidad propia implica diferenciarse respecto a los demás (y a la vez atribuirles a esos otros, incluso, alguna identidad específica). En otras palabras, lo que bajo un enfoque extradiscursivo queda fuera de análisis es nada menos que la manera como en el campo político pasa entonces

a ser un momento relevante en una teoría del poder y la hegemonía en cuyo centro ha de estar la reflexión sobre la intervención del factor subjetivo en lo social.

Nos parece, por eso, que cuando se pretende analizar un proceso político tan complejo como el que vivió el país entre 1987 y 1989, cuando las preguntas más acuciantes se refieren a la manera como se constituyeron los sujetos políticos que protagonizaron aquellas jornadas, así como a las percepciones y mecanismos a partir de los cuales se configuró el escenario mismo de la confrontación; y cuando todo ello tiene como trasfondo la preocupación por conocer los modos que podría asumir un proceso de formación de sujetos políticos capaces de dar lugar a un régimen democrático estable, resulta claramente insuficiente todo análisis que se limite a considerar la correlación de fuerzas en un determinado momento entre diferentes sectores que se entienden como entidades políticas preexistentes.

A todas luces se requiere de un planteamiento diferente que nos coloque en aptitud de responder a las preguntas formuladas y ponga en el centro de la atención el problema de "cómo individualizar los múltiples factores que intervienen en la procedencia (de los sujetos políticos), de cómo considerar, en suma, el tema clave de la productividad de la política" (Landi, 1981:173).

Una perspectiva tal nos la brinda la riquísima reflexión acerca de la intervención del orden simbólico en los procesos de formación de los sujetos y las culturas políticas. [3]

El orden simbólico y el factor subjetivo.

Como se sabe, en años recientes y dado el fracaso de los diversos esquemas que pretendían explicar a través de modelos racional-iluministas los procesos de formación de la voluntad política [4] -excluyentes por definición del factor de la subjetividad- un grupo muy heterogéneo de estudiosos ha venido explorando nuevas formas de aproximación a los procesos sociales. Se ha planteado así la pertinencia de estudiar los fenómenos sociales desde el punto de vista de la producción de sentido y del discurso entendido como sistema constitutivo de identidades y alteridades sociales.

No son pocos los autores que apelan a este enfoque para reivindicar la especificidad de lo subjetivo y su gravitación real en el terreno sociopolítico. Helmut Dubiel, por ejemplo, ha escrito: "Con el concepto de subjetividad política me refiero a los potenciales morales que gobiernan la adopción de una posición política, la formación de una opinión, no sólo y según un legítimo deber ser, sino también prácticamente de acuerdo con las estructuras psíquicas más profundas de un individuo" (Dubiel, 1990:18).

Y otro autor ha puesto de relieve las "resonancias que para la teoría política tiene la aseveración de que una de las fuentes privilegiadas del poder-de la cohesión, la obediencia y la movilización se localiza precisamente en la zona de la afectividad.... Se entra con ello a un espacio poco calculable y difícilmente predecible a partir de racionalidades establecidas apriorísticamente por esquemas que suponen en una continuidad lógica e incontrovertible entre medios y fines de la acción política" (Gutiérrez López, 1990:8).

Introducir, entonces, la afectividad como un componente que entraña, no una ausencia de racionalidad, sino una racionalidad diferente, basada en valores y no en cálculos de costos y oportunidades, ayuda a comprender las conductas de los sujetos colectivos.

En fin, la idea de que lo simbólico es crucial en toda explicación sobre lo social y de que toda realidad es socialmente significativa tiende a romper con el esquema dualista

estructura-superestructura, en el cual las significaciones y lo simbólico tendrían una ubicación precisa, discernible y separable (la superestructura) y una eficacia muy relativa en tanto realidades determinadas por lo material, nudo gordiano éste de la explicación sobre lo social en una visión reduccionista.

Por el contrario, la idea expresada por Ernesto Laclau en el sentido de que lo discursivo (la producción social de sentido) es coextensivo a lo social en cuanto tal significa, en sus propias palabras, que lo discursivo no constituye una superestructura "ya que es la condición misma de toda práctica social o, más precisamente, que toda práctica social se constituye como tal en tanto es productora de sentido" (Laclau,1985:39).

Una noción semejante es la que ha expuesto Eliseo Verón, para quien "nada es ajeno al sentido en el funcionamiento de la sociedad: el sentido está en todas partes... Ninguna forma de organización social puede concebirse fuera de esta semiosis" (Verón,1981: 149,154).

El discurso y la lógica de la diferencia

Ahora bien, esta ubicuidad de lo discursivo, derivada de su condición de hecho de significación indisociable de todas las prácticas sociales, no le hace perder especificidad desde el momento en que lo discursivo no es un agregado sino una dimensión precisa de las prácticas sociales: la dimensión de la significación.

Y puesto que la significación se funda en el valor diferencial de los signos dentro de un sistema semiótico determinado (Giménez,1987:41), es posible señalar que toda práctica adquiere significación en un contexto de distinciones y diferencias, es decir, de oposiciones significativas. La producción social de sentido supone, entonces, modos distintivos de verse y de comprenderse en el mundo y al mundo. Los sujetos se definen en relación y por oposición a otros.

El primer efecto del discurso es, pues, la construcción y la distribución de las identidades sociales. Las identidades se definen y se afirman en la diferencia: "Entre identidad y alteridad existe una relación de presuposición recíproca" (Giménez,1987:41).

La identidad y el trazo identificatorio

Llegados a este punto resulta útil acudir a algunas aportaciones del psicoanálisis que nos permitan aprehender el momento decisivo en el proceso de constitución de las identidades. En este campo se sabe que la identidad de un sujeto se configura a través de la apropiación de los atributos de otros individuos que son tomados por aquél como modelos en un proceso abierto y permanente, que hace que dicha identidad sea el resultado de muchas identificaciones a lo largo del tiempo (multiplicidad que vuelve a la identidad intrínsecamente contradictoria, como veremos más adelante).

Raíz y motor de este proceso es no sólo la necesidad del sujeto de trascender su estado de aislamiento -y la angustia que le es concomitante- e integrarse en un grupo en el que pueda reconocerse en y con los otros, sino el imperativo mismo de ser. Sólo dándonos una identidad somos para nosotros y para los demás. Es necesario que otros nos piensen para llegar a ser. El impulso primario del individuo para identificarse con otros proviene de sus deseos de ser plenamente, de completarse, de hallar lo que le falta, aquello a lo que renunció para incorporarse en sociedad, lo que no obtuvo y quedó como pulsión, como corriente subjetiva que se activa justamente cuando percibe que un objeto externo puede darle la completud que busca. [5]

Pero este reconocimiento en y con los otros individuos no suele darse directamente sino a través de la mediación de un objeto externo (que puede ser un líder, una causa, una religión, etcétera) que es asumido por los individuos que se reúnen a su alrededor como modelo o ideal. En la medida en que esos individuos se identifican con ese modelo pasan a identificarse entre sí (de hecho lo que comparten es su lealtad y su adhesión a ese objeto externo) y se constituyen propiamente en grupo (entendido como identidad colectiva, cualquiera que sea su cristalización orgánica).

Así, la homogeneidad del grupo le viene del hecho de que sus miembros -con procedencias y trayectorias distintas- convergieron en un punto en razón de haber proyectado en un mismo objeto externo los atributos de su propia idealización.

Encarnado por lo general en un líder o jefe, ese objeto externo pareciera revelar que es inherente a todo proceso de formación de identidades colectivas una demanda simbólica de liderazgo, que aparece como el eje articulador de las mismas (Gutiérrez López, 1990: 19).

Debe señalarse que en general, los miembros de un grupo no comparten todo. Los cohesionados y los lleva a actuar como grupo eso que se ha dado en llamar el trazo identificatorio, esto es, la común asunción de uno entre varios rasgos que en un determinado momento tiende a dominar la escena y bajo un mismo sustrato aparece como punto de convergencia de biografías particulares distintas.

La identidad colectiva, entonces, se construye en un movimiento en el cual un rasgo (trátase de una promesa, una conducta, una causa religiosa o política, etcétera) opera como interpelación exitosa porque aparece simbólicamente como aquello que responde a las expectativas de la subjetividad del individuo.

El trazo identificatorio es particularmente importante en la configuración de la identidad colectiva en la medida en que "la vinculación interna del grupo a través de un rasgo específico opera precisamente sobre la base de la diferenciación con respecto a aquellos que no comparten ese rasgo. Por eso, la presencia de un 'afuera', de un 'otro' distinto, aparece como condición para que el trazo identificatorio adquiera pertinencia y eficacia" (Gutiérrez López, 1990:12).

El rasgo de identidad es, por ello, siempre un rasgo distintivo, diferenciador. La frontera entre los grupos así constituidos está marcada por una posesión o carencia del trazo identificatorio específico, el que, al no ser una esencia sino una construcción, hace que esta frontera sea móvil, cambiante. De modo que, como habíamos anticipado, la noción de identidad sólo cobra pleno sentido en el contexto de las diferencias. Y este es un elemento de suma relevancia en el plano de los discursos políticos porque, de entrada; plantea la necesidad de preguntarse por los objetos ideales y las interpelaciones que actúan como ejes de la cohesión, por los rasgos identificatorios que ponen en juego y por el modo de configurar la diferencia.

Las interpelaciones y la contradictoriedad de los sujetos

Las interpelaciones, en tanto discursos que se dirigen a los sujetos con el propósito explícito o implícito de orientar su acción, remiten a la manera como son nombrados en ellos los diferentes destinatarios (Landi, 1981:186). En la medida en que no hay enunciación desprovista de sentido y carga valorativa, nombrar significa, a la vez, asignar a esos destinatarios un lugar específico (en relación con otros) en el espacio social y político, adjudicar una identidad en función de la cual actuará quien interpela (y buscará circunscribir al destinatario) e incluso dar existencia pública u oficial a lo que antes estaba

implícito o sólo era experiencia individual o desarticulada. Entraña, en suma, integrar lo disperso proponiendo identidades y modos de clasificación de lo social. No por otra cosa es el monopolio de la nominación legítima -el poder de producir y socializar una visión del mundo- lo que está en juego en la lucha política (Bourdieu,1990:290,294).

Así, las interpelaciones constituyen las diferentes identidades a través de las cuales los sujetos sociales se incorporan -consensual o conflictivamente- en el orden de la política. Obviamente no toda interpelación es exitosa ni tiene capacidad de transformar a su destinatario en interlocutor: "Pero allí donde una interpelación fracasa, se encuentra otra que sí obtuvo un efecto identificatorio en el individuo, siempre dotado de la posibilidad de aceptar, rechazar o resignificar esas interpelaciones que recibe en el lenguaje de la sociedad" (Landi,1981:186).

Tal efecto identificatorio sólo puede producirse en el marco de una sincronización entre el discurso que interpela y las identidades previas de los individuos, [6] esto es, entre el atributo o la promesa que se propone a los individuos para que lo recojan y las idealizaciones en las que éstos depositan la esperanza de ver colmados sus propios deseos y que tienen que ver con sus particulares procesos de constitución en sujetos.

De esa sincronización depende que una interpelación funcione y se convierta en un trazo identificatorio, en un rasgo que realza y articula un aspecto parcial de la identidad de los sujetos individuales en un escenario y en un momento dados, subordinando al resto de los potenciales rasgos de identidad.

Sin esa sincronización no hay interlocución posible, ni formación de sujetos colectivos. Y en ese proceso resulta crucial la resignificación del discurso que realizan individuos con biografías distintas, la cual les permite ver en una misma interpelación lo que todos y cada uno de ellos quieren ver, es decir, sentirse específicamente requeridos y nombrados por un discurso y fascinarse por el objeto al que se le atribuye el don de colmar el propio deseo.

Esta operación resignificadora es un modo de adecuar la interpelación a las propias expectativas de los individuos. En esa medida le da a la interpelación un mayor poder de convocatoria. Pero este proceso de adecuación tiene otra consecuencia importante: va a volver a los sujetos colectivos internamente contradictorios. Al ser una respuesta activa a la interpelación, los individuos van a llevar al sujeto colectivo en formación los valores, las aspiraciones, las expectativas y todo aquello que leyeron en la interpelación, haciendo de ese sujeto una amalgama heterogénea de valores y actitudes.

A ello se refieren, sin duda, Liliana de Riz y Emilio de Ipola cuando señalan que la constitución de los sujetos no es unívoca pues "en un mismo colectivo suelen articularse símbolos, valores, orientaciones culturales, en una palabra 'significados' diferentes que expresan de manera larvada a veces, abierta otras, alternativas de acción conflictivas y, en la misma medida, formas dispares de autoconstitución de un movimiento como 'sujeto social'" (De Riz e Ipola,1985:55).

Por otra parte, el sentido de la interpelación no se modifica sólo por el proceso de resignificación a que la someten los sujetos, sino también por la manera como aquella se relaciona con otras interpelaciones. Hay, pues, una multiplicidad de interpelaciones que se expresan en diferentes ámbitos y niveles entrecruzándose y formando una compleja trama, en cuyos intersticios se agrupan, se identifican, se disgregan y se agrupan, en un continuo movimiento, los sujetos en respuesta a interpelaciones específicas o combinaciones de ellas.

Constante y diversamente nombrado y requerido a identificarse con principios de acción, ideales y utopías, el individuo puede responder simultáneamente -y de hecho así lo hace- a distintas interpelaciones que lo adhieren a identidades colectivas también diferentes y lo hacen operar en varios escenarios al mismo tiempo, a partir de valores y orientaciones que no necesariamente son concurrentes y que incluso llegan a ser contradictorios.

Las diferencias políticas

Si toda acción política es a la vez de significación y de práctica y si la política está indisolublemente ligada a la diferencia, las prácticas discursivas en este campo no sólo son la expresión sino el modo particular como se configura, se encuadra y se procesa esa diferencia. Lo que en un primer momento está en juego en este plano es la posibilidad misma de constituir una identidad con atributos distintivos, esto es, la posibilidad de un "nosotros" de producir sus propios principios de definición del mundo social e incorporarse legítimamente al campo político.

Los rasgos específicos que asumirá este proceso dependerán de la naturaleza de las prácticas discursivas de los sujetos políticos -que ya se dijo no son identidades fijas sino que mutan en función de la propia lucha política-, así como del dispositivo político institucional (tomado no como algo "exterior") en el que se producen tales prácticas.

Así, en algunas sociedades la política transcurrirá por cauces relativamente estables y ordenados: son aquellas donde las diferencias no se polarizan y donde las reglas del juego presuponen la competencia entre sujetos políticos esencialmente iguales en cuanto legítimos participantes, cuya actuación tiene como norma y horizonte esas mismas reglas, que así se fortalecen. Mientras que en otras sociedades la política asumirá el perfil de un conflicto antagónico entre sujetos que inevitablemente entran en colisión en un escenario construido a partir de discursos irreductiblemente distintos. En estas sociedades la existencia de reglas del juego reconocidas e institucionalizadas no impide que las conductas políticas excedan sus límites, poniendo en continuo predicamento su utilidad y su sentido mismo.

De manera que las distintas percepciones de la diferencia, en constante interacción con el dispositivo institucional, van a desempeñar un muy importante papel en la definición y operación de aspectos clave del sistema político tales como la existencia o no del pluralismo, el grado y naturaleza de la legitimidad, en fin, el carácter del juego político.

3. Neocardenismo: La confrontación como (Anti) política

Lo que primeramente destaca en cualquier intento de análisis de la evolución del neocardenismo -desde la aparición de la Corriente Democrática hasta la constitución del PRD- es la enorme brecha existente entre las potencialidades mostradas por esta fuerza emergente tras su sorprendente papel en las elecciones de 1988 y lo efectivamente logrado dos años después.

Luis Salazar ha condensado muy bien el sentido de este proceso al señalar que "después de esa enorme victoria que significó para la Corriente Democrática y sus aliados el resultado de los comicios de julio de 88, la dirección cardenista parece haberse dedicado denodadamente a despilfarrar su capital político" (Salazar, 1989:39).

La pregunta que inmediatamente surge es por qué ha sido así, qué elementos pueden explicar la involución del neocardenismo desde su posición protagónica en 88, cuando emergió como una potencial alternativa de gobierno, hasta el opositorismo aislacionista y sin perspectivas en el que ahora se debate.

La disputa por la herencia

Hallar respuesta a estas interrogantes exige remontarse a los orígenes mismos del neocardenismo, que son los de la Corriente Democrática del PRI. Con la Corriente salió a la escena pública el conflicto político larvado que venía incubándose desde tiempo atrás en el seno del PRI entre grupos afines al proyecto modernizador y pro neoliberal del delamadridismo y quienes, desplazados por los primeros de los centros decisorios del partido y del gobierno, buscaban recuperar la hegemonía apelando a una reforma del partido y del proyecto político del Estado.

El solo hecho de dejar de ser un conflicto soterrado para pasar al dominio público le imprimió a éste una lógica distinta. Primero porque violentó una regla no escrita del partido en el poder en el sentido de negociar lejos del escrutinio de la opinión pública los eventuales diferendos entre sus miembros, lo que le permitía mantener el control de los acontecimientos y ofrecer para el consumo externo una imagen de unidad. Y segundo porque la autodesignación de la Corriente como democrática no sólo tocó una fibra especialmente sensible en un partido de fuerte tradición autoritaria, sino que supuso una demarcación inicial de territorios donde los no miembros de la CD, los "otros", eran implícitamente presentados como objeto de la acción correctiva y restauradora de la propia Corriente.

En el marco de una estructura partidaria poco acostumbrada a tolerar el disenso y menos aún a dirimir públicamente sus problemas internos, ambos factores tomaron el sentido de una transgresión a las normas y valores del partido y de un abierto desafío a la dirigencia priísta y al mismo poder presidencial.

Ello explica la visceral reacción del régimen y de la dirección partidaria contra la Corriente que, por lo demás, no es excepcional. Muy por el contrario, tal actitud está poderosamente enraizada en la cultura política priísta. Si se revisa el desarrollo histórico del partido se observa que el repertorio de respuestas a un reto de la índole del planteado por la CD necesariamente era muy limitado. De hecho, lo que ocurrió no fue sino la activación de un antiguo reflejo de exclusión consolidado a lo largo de décadas y puesto a punto cada vez que una disensión interna amenaza con fracturar al partido o con disputarle la hegemonía, como lo prueban, entre varios más, los casos de Henríquez Guzmán en los años 50 y de Carlos A. Madrazo en los 60.

La experiencia histórica muestra, asimismo, que el PRI y el gobierno han tenido un trato muy intransigente y mucho más virulento con la disidencia interior que con la oposición. Y es que sin duda a ambos les resulta más perturbadora y riesgosa la actitud de quienes abjuraron de las propias creencias (al menos en esos términos parece interpretarse el disenso) y vulneran desde dentro la cohesión institucional.

Esa tónica, pues, fue la que tempranamente se impuso en la disputa y la que prevaleció de ahí en adelante pese a los tímidos y esporádicos intentos de negociación entre la CD y la dirigencia nacional del PRI, que a poco fueron abandonados.

En esta polarización jugaron un importante papel los sectores duros del partido. Prueba de ello fueron las declaraciones del líder cetemista Fidel Velázquez, el más conspicuo representante de la inercia autoritaria de la burocracia sindical corporativa. Apenas dos semanas después de que se diera a conocer la existencia de la CD, Velázquez la acusó de romper la disciplina partidista, atentar contra la unidad revolucionaria y debilitar al Estado mexicano.

La idea de la disciplina y la unidad [7] -elemento clave de la lógica intolerante y autoritaria del liderazgo obrero tradicional fue una constante en el discurso contra la CD porque permitía equiparar el disenso con el divisionismo y, por tanto, con la traición. [8] Este juego de silogismos y equivalencias, vale recordar, bien pronto se hizo explícito.

Un momento singularmente importante en el creciente distanciamiento entre la CD y el CEN del PRI fue la publicación, por parte de la Corriente, del denominado Documento de Trabajo número 1, dado a conocer en la ciudad de Morelia el 1 de octubre de 1986. El documento es significativo porque en él se empiezan a trazar las líneas centrales de un discurso que, de ahí en adelante, se reivindicará como el portavoz del "proyecto histórico constitucional", esto es, del proyecto originario de la revolución mexicana, frente a una estrategia modernizadora que -se plantea- lo desfigura, lo traiciona y que constituye una desviación respecto de sus principios fundadores. [9] Una estrategia, todavía más, impulsada por una minoría postiza en tanto no proviene de las filas del partido ni tiene arraigo en él, sino que ha sobrepuesto artificialmente su dominio.

Así las cosas, el conflicto político antes aludido asume la forma de una disputa por la herencia revolucionaria y por la legitimidad que de ella dimana. Si del lado de la dirigencia priísta se entendía que no había espacio para visiones distintas en la medida en que el partido era pluriclasista pero no plurideológico, según una desafortunada expresión atribuida a Adolfo Lugo Verduzco (Xelhuantzi, 1988:27), y que el pretender dar organicidad a una corriente equivalía a una deslealtad, del lado de la CD el problema estaba planteado en términos de dirimir quiénes eran los verdaderos continuadores de la Revolución Mexicana y quiénes quebrantaban sus fundamentos. Si la dirigencia priísta se erigía en guardián y depositario de los principios y le atribuía intenciones disolventes de la CD, ésta dictaminaba desde el tribunal de la Historia la culpabilidad e irredención de quienes habían repudiado el legado del Constituyente del 17. [10]

Ninguna de las dos formulaciones daba cabida a tesis políticas propiamente dichas ni a líneas alternativas. Eran verdades y como tales no eran negociables. De ahí que toda posibilidad de acercamiento quedara vedada: la sola existencia del otro parecía amenazar la propia y por tanto no había espacio para ceder. Cualquier concesión al otro podría parecer una capitulación.

De hecho se puede afirmar que la estrategia neocardenista de la ilegitimidad del gobierno de Salinas de Gortari, puesta en acto luego de los comicios del 6 de julio, no provino sólo de su lectura sobre un presunto fraude electoral, sino de su interpretación del proyecto salinista como inconsecuente con las líneas doctrinarias básicas de la revolución y por tanto como históricamente ilegítimo.

De esta manera, si bien diferían en sus expresiones concretas, tanto las posiciones de la dirigencia priísta como las de la CD configuraban el conflicto en términos maniqueos e irreductibles. En uno y otro caso estaba excluida de principio la posibilidad de dialogar y/o de pactar entre iguales; en ambos lo que se trataba de establecer era quién estaba en el lado bueno y quién no. Aquí se hallan, sin duda, los gérmenes del enrarecido clima político que prevaleció, por ejemplo, en los trabajos del Colegio Electoral y en las elecciones de Guerrero y Michoacán, por sólo citar algunos de los casos más sonados.

No está de más señalar que en más de un sentido, ambas posiciones eran tributarias de una cultura política nacional [11] signada, entre otros rasgos, por:

a) Un discurso del poder que minimizó en el imaginario colectivo la viabilidad política de las fuerzas y proyectos alternativos y que reclamó para los autoerigidos portadores del proyecto constitucional el derecho exclusivo de regir los destinos del país; todo lo cual

consolidó un binomio normalidad-marginalidad que favoreció la hegemonía priísta (Gutiérrez López, 1988:13). [12]

b) Una atmósfera de intolerancia y autoritarismo producto de aquel desequilibrio primario, que ha dejado poco espacio para la proliferación de otro tipo de visiones, [13] que ha limitado sensiblemente la práctica del debate y que, por ende, ha tendido a convertir la esfera de lo público en dominio de un pequeño grupo social.

c) Un conjunto de formas de negociación de carácter cerrado y cupular que tuvieron y tienen aún, si bien con menor fuerza que antes, en las corporaciones a sus principales protagonistas y, más en general, el predominio de mecanismos informales de negociación política.

El líder carismático y la promesa restauradora

El neocardenismo, valido de la fuerte carga emotiva asociada al nombre de Cuauhtémoc Cárdenas, explotó la veta de la recuperación del proyecto nacional-popular frente a un régimen tozudamente encerrado en un discurso eficientista que tenía poca resonancia y atractivo para la gente y cuya materialización -a juzgar por la gestión delamadridista de la crisis- más bien resultaba amenazante para las de por sí precarias condiciones de vida de la mayoría de la población. Un régimen, por lo demás, encabezado por un político que no sólo no tenía carisma sino que había hecho resentir al país la ausencia de un verdadero líder en una circunstancia especialmente crítica y llena de incertidumbre.

Esta demanda subjetiva de seguridad, asociada culturalmente a la figura de un líder carismático, emprendedor y con amplia capacidad ejecutiva, en el marco de una sensación de "vacío de poder", favoreció la rápida emergencia de Cuauhtémoc Cárdenas y la eficacia de su mensaje. En efecto, frente a un presente de deterioro y a un futuro incierto lleno de oscuros presagios, un discurso que miraba al pasado y proponía la restauración de una política que el imaginario social asociaba a un líder patriota que no se arredraba ante los peligros, así como a un período heroico y de grandes realizaciones nacionales, ofrecía un indudable atractivo para amplios sectores de la sociedad (atractivo que no tenía, por otra parte, relación directa con un contenido sustantivo de política). [14]

Pero la exitosa interpelación de este discurso, en torno al cual se empezó a conjuntar una heterogénea masa social, no puede explicarse sólo por la promesa de reeditar un pasado heroico. En torno a la figura de Cárdenas se fue concentrando esa demanda, hasta entonces subterránea, de liderazgo y de certidumbre, proceso que se vio favorecido por la peculiar presencia del líder de la CD y luego candidato del FDN. Su estilo sobrio, tan distante de los circunloquios grandilocuentes con los que el sentido común vincula a los políticos del régimen, así como su misma aura de entereza moral obtenida al renunciar al PRI, esto es, a la seguridad y al poder, otorgaron a Cárdenas un carisma singularmente atractivo en una coyuntura de gran fluidez social y política.

El caudillo y las élites

Vale la pena detenerse en este último punto: el del impacto que tuvo la separación de Cárdenas y la CD del PRI tanto en el juego de alianzas en el interior del partido gubernamental, como en la forma en que fue subjetivamente procesada esa ruptura por la sociedad y, finalmente, en la manera en que todo ello se proyectó en la percepción y práctica del neocardenismo.

En cuanto al primer aspecto, lo que sobresale es la recomposición política priísta forzada por el conflicto con la CD, cuyo propósito último fue articular y presentar un amplio frente

común ante la Corriente a fin de aislarla. Formaron parte de esa línea: a) la apertura del delamadridismo hacia la clase política tradicional, a la que había hecho un lado y que permitió el arribo a puestos de dirección de personas como Jorge de la Vega Domínguez, Humberto Lugo Gil y Guillermo Jiménez Morales; b) el coyuntural acercamiento de posiciones entre el régimen y una burocracia obrera a la que se le habían querido reducir su espacio de influencia y sus privilegios corporativos, pero cuyo peso y beligerancia resultaban ahora funcionales; y c) el recurso escénico de montar en la XIII Asamblea Nacional del PRI una representación de amplia unidad que involucró incluso a los adalides del populismo anatematizado por MMH (Echeverría y López Portillo) para avalar la embestida contra la CD.

El cálculo político del régimen parecía ser que al marginalizar del partido a la CD, ésta quedaría sin canales de participación y terminaría muriendo por inanición.

Dicho cálculo no pudo ser más erróneo porque precisamente la separación de la Corriente le dio a ésta una enorme credibilidad política entre la ciudadanía, lo cual tiene que ver ya con el segundo aspecto. Efectivamente, la resonancia que adquirieron Cárdenas y la CD sólo se puede explicar si se toma en cuenta la difundida percepción que se tiene sobre el PRI. En otras palabras, si el sentido común ve a este partido como un organismo corrupto, lleno de politiquería, pero también omnipotente y omniabarcante, la ruptura con el PRI pareció procesarse socialmente como un distanciamiento respecto de estas prácticas, como un acto de valentía y honestidad. Ello hizo que se empezara a investir a Cárdenas con un aura de valor que está en la base de su liderazgo carismático.

Su conversión en virtual caudillo -y este es el tercer aspecto- estuvo favorecida además por la propia inorganicidad del movimiento. Resultó claro que los partidos que levantaron la candidatura presidencial de Cárdenas se vieron rebasados por una vasta eclosión social cuyo punto de convergencia era la lealtad hacia la figura del líder. El movimiento creció por efecto de la interpelación cardenista al margen de la práctica de los partidos reunidos en el FDN. Estos no vertebraron al movimiento: fueron únicamente los canales a través de los cuales se expresó electoralmente la multitudinaria adhesión a una causa que no los tocaba y de la que, sin embargo, se beneficiaron de manera generosa.

Así pues, el liderazgo cardenista se desarrolló sobre la base de la ausencia de controles institucionales y de cauces permanentes para la expresión organizada de las bases, lo que fue un marco propicio para que, más allá de su propia voluntad, Cárdenas concentrara en su persona un enorme poder de decisión en tanto jefe nato e indisputado del movimiento.

Esa concentración unipersonal del poder, por virtud de una delegación no explícita ni regulada de facultades, es lo que volvió singularmente importante para las élites políticas del FDN la pertenencia al círculo de allegados al líder, es decir, al lugar donde realmente se adoptaban las decisiones.

Ello explica varias de las peculiaridades políticas del neocardenismo: primero, la subordinación del trabajo organizativo y programático (para dar normatividad y dirección clara al movimiento) al activismo cupular; segundo, la gran autonomía de que en todo momento disfrutó la élite dirigente frente a su base social para decidir el curso a seguir; tercero, la naturaleza predominante de los conflictos en el interior del movimiento.

Es por demás significativo el que estos rasgos se hayan mantenido no sólo durante la campaña y los trabajos del Colegio Electoral, sino aún en la misma configuración del PRD, adonde se han trasladado todos los vicios y limitaciones de una conducción

caudillista, cuyas prácticas se han sobreimpuesto a las tentativas de normar democráticamente la vida interna del partido.

En resumen, Cárdenas terminó siendo un caudillo en razón de una singular conjunción de acontecimientos: la atribución de valores fuertemente positivos a su alejamiento del PRI, que encajó muy bien con la citada demanda subjetiva de liderazgo; la inorganicidad del movimiento; la promesa de una utopía feliz y posible que además poseía la ventaja de ser simple y homogénea; y derivado de lo anterior, la gran receptividad que una convocatoria de tal naturaleza (genérica, contundente, sin fracturas) encontró en la gente y la posibilidad que ofreció para que la gente resignificara la interpelación lanzada en función de sus propios deseos y expectativas (lo cual explica que Cárdenas haya reunido a su alrededor a personas de tan disímil procedencia, intereses, niveles profesionales e ideologías).

El maximalismo cardenista y la recomposición salinista

La capacidad de resignificación tiene importantes consecuencias porque propicia que una determinada interpelación sea exitosa en razón de las lecturas diferenciadas que de ella se hacen (esto es, en razón de la mediación de la subjetividad) y no por el contenido preciso que le imprime el "emisor". Lo anterior implica que el trazo identificatorio no puede inferirse a partir de la mera referencia al discurso, a la interpelación que se emite sino que se configura en el encuentro con la subjetividad de la gente. Asimismo, y como vimos en el apartado II, dicha capacidad resignificadora va a derivar en identidades intrínsecamente contradictorias.

Esto viene a colación porque la dirigencia neocardenista pareció asumir que el movimiento formado a su alrededor era resultado directo y tangible de su específica convocatoria, que por tanto respondía a su misma intencionalidad y que la evidente heterogeneidad de su composición no era sino la prueba de la pertinencia y amplia acogida social de sus demandas.

De ahí que en su momento, como veremos, tendiera a otorgarle al voto cardenista de 1988 un significado político unívoco que nunca tuvo y que fundara en él expectativas de claro corte maximalista. [15] Por el contrario, el neocardenismo fue un movimiento con significados muy disímbolos, heterogéneo no sólo en su composición sino en el modo como era percibido y practicado por sus miembros.

El punto de articulación de todo ello fue la figura de Cárdenas y sobre ella se proyectaron las más diversas idealizaciones. El fue el referente de los atributos que operaron como trazo identificatorio. Y si se quisiera condensar en una frase en qué consistió ese trazo y cómo logró unificar a una abigarrada masa de ciudadanos, quizás deba decirse que Cárdenas encarnó el reclamo al ninguneo sistemático de que la gente había venido siendo objeto por parte del poder.

Pero el abanico de significados, expectativas, posibilidades y rumbos políticos que ahí concurrían y de ahí se derivaban era enorme y no tenía por qué coincidir con los que estaba gestando la dirección del neocardenismo. ¿Cuál era esa línea y cómo fue evolucionando?

La estrategia discursiva de recuperación es la herencia revolucionaria a la que nos hemos referido y que ya se prefiguraba en el Documento de Trabajo número 1, se desplegó plenamente durante la campaña del FDN. No por otra cosa algunos de los momentos culminantes de la misma tuvieron por escenario sitios que condensaban la memoria histórica de la nación y que tenían una gran carga simbólica. Tal fue el caso de La

Laguna, por ejemplo, donde Lázaro Cárdenas llevó a cabo en los años 30 una profunda reforma agraria. En la práctica, si hubiera que fechar el inicio del neocardenismo como un fenómeno de amplia convocatoria social, tendríamos que referirnos a esta etapa de la gira, tanto más significativa por la circunstancia de que esa irrupción coincidió con un serio tropiezo del candidato presidencial priísta Salinas de Gortari, en el mismo lugar.

Apoyado en su conocimiento sobre los territorios de anclaje de los símbolos de la revolución mexicana y aprovechando la identificación existente entre De la Madrid y el candidato Salinas de Gortari (acentuado por el explícito continuismo del discurso de este último), Cuauhtémoc Cárdenas estructuró su propio discurso en torno de un eje básico que mucho le redituaria: disociar y contrastar cada acto de la estrategia modernizadora (MMH-Salinas) respecto al paradigma de la revolución mexicana. [16]

Pero si ello se reveló eficaz frente al régimen delamadridista y a la candidatura de Salinas, una vez que éste asumió el poder, tal discurso empezó a hacer agua. Dos fueron, al parecer, los motivos principales:

En primer término están los espectaculares golpes del salinismo a grupos y personas considerados antes intocables y que, más allá de su impacto en la desestructuración de poderes corporativos (por ejemplo en el caso del arresto de La Quina) tuvieron un efecto altamente simbólico en tanto parecieron encarnar la decisión de castigar abusos e impunidades que lesionaban profundamente la imagen de la autoridad. Al menos así lo interpretó mucha gente. Esos actos desplazaron, entonces, la atención de los reclamos postelectorales del neocardenismo y de la figura misma de Cuauhtémoc Cárdenas hacia Salinas de Gortari, prestigiaron la institución presidencial y además fueron para mucha gente la revelación de que había un líder dispuesto a poner coto a los excesos. Subjetivamente eso fue lo significativo, insistimos, al margen del contenido sustantivo de la política general del salinismo, de la intención específica de cada acto e incluso de las arbitrariedades cometidas en la realización de algunos de ellos.

En segundo lugar, a diferencia de su predecesor y no obstante los titubeos iniciales, Salinas de Gortari ha buscado recuperar para sí la herencia ideológica de la revolución mexicana. Ciertamente lo ha hecho presionado por la estrategia de Cárdenas, pero también es verdad que en su respuesta le ha dado la vuelta al desafío planteado por el neocardenismo.

Es decir, si Cárdenas ha buscado -y en esto hay una clara línea de continuidad que va de la CD al FDN y luego al PRD- arrinconar a Salinas de Gortari presentando los actos de éste como una ruptura con la revolución mexicana, el Presidente ha procurado no sólo reacomodar su política en el horizonte del nacionalismo revolucionario, sino presentarla como la directa continuación de los principios originarios y genuinos de la revolución. Es así que acciones como la desincorporación de las empresas públicas, la mayor apertura a la inversión extranjera y la reprivatización de la banca (u otras más sutiles como el deslizamiento semántico de la justicia social a la solidaridad) son exhibidas por el gobierno, por efecto de una trasmutación discursiva, como expresión del ideario revolucionario y como la hazaña nacionalista que la modernidad exige. [17]

Lo más sorprendente de todo ello es el contraste entre la recomposición del consenso lograda por el salinismo y la inflexibilidad del discurso cardenista, explicable básicamente por la apuesta hecha en favor del fracaso del primero. De ahí que al cardenismo parezca no importarle demasiado esta tentativa de reapropiación discursiva del régimen, toda vez que la estima puramente demagógica y destinada al fracaso y sí, en cambio, procure conservar impoluto lo que considera es, hoy, su mayor capital político y moral: la imagen de Cárdenas como un líder honesto, intransigente en la defensa de la voluntad popular y

que no negocia con un régimen ilegítimo. La propensión del neocardenismo a oponerse por sistema a todo cuanto provenga del PRI y del gobierno y a no negociar tiene que ver con este propósito de llegar incontaminado a la próxima justa electoral por la Presidencia, aunque ello implique una virtual renuncia al quehacer político aquí y ahora.

Anclada en la idea preconcebida del colapso del proyecto gubernamental, en sí misma polarizante, tal estrategia compromete el futuro del neocardenismo como opción de gobierno porque hipoteca su repunte a lo que haga (o deje de hacer) el gobierno actual.

La ingobernabilidad como antesala de la tierra prometida

Si se considera todo cuanto se ha dicho aquí se comprenderá que ya en la misma campaña por la Presidencia se había configurado un escenario fundado en el supuesto compartido por el PRI y el FDN de que el otro era un aspirante ilegítimo al poder, siendo que una justa electoral democrática se basa en la premisa contraria, es decir, en el derecho y la lícita aspiración de todos los participantes de arribar al poder en virtud de su propio programa y de la fuerza demostrada en los comicios.

Ello hizo que la campaña se convirtiera en un toma y daca en el que abundaron descalificaciones y donde el neocardenismo -simbólicamente investido como medio de reparación de agravios- capitalizó la desazón ciudadana y apareció crecientemente como un desafío que amenazaba el dominio priísta, lo cual no dejaba de representar una novedad en una larga tradición electoral que siempre daba de antemano la victoria al PRI. Se trataba, a no dudar, de una grieta en la vieja cultura política asociada al predominio del partido casi único, que representaba una posibilidad de empezar a incorporar al cuadro de valores políticos de los mexicanos las nociones de competitividad en igualdad de condiciones y de alternancia en el poder.

Por otra parte, la afluencia a las urnas fue masiva y el voto por las oposiciones alcanzó niveles no imaginados apenas unos meses atrás, todo lo cual también era un signo que hablaba de evoluciones posibles de la cultura política, de tendencias que requerirían un largo proceso de maduración, pero que se anticipaban positivas sobre todo en lo tocante al sentido de la eficacia política (el sentimiento de que se es capaz de influir en las decisiones del gobierno y en especial en la integración de la representación nacional por medio del voto) y a la búsqueda de ofertas políticas novedosas que respondieran a problemas y demandas concretas de la realidad nacional.

TEXTO

Lo que ocurrió después, sin embargo, truncó esa evolución posible. Tras los comicios, e inducidos por el ambiguo manejo de las cifras oficiales, los candidatos de la oposición argumentaron la existencia de un enorme fraude destinado a favorecer a Salinas de Gortari. Pero de ahí el neocardenismo pasó a reclamar para sí el triunfo de su candidato presidencial, lo cual era otra cosa y llevaba la contienda a un terreno totalmente distinto. [18]

Sin relevar de la enorme responsabilidad que tuvo en la opacidad, desacreditación y falta de confiabilidad de los resultados a un sistema electoral altamente propicio al fraude y al dudoso trasiego de cifras por parte de las autoridades de la Comisión Federal Electoral (la tristemente celebre "caída del sistema"), lo cierto es que el neocardenismo tampoco podía documentar su certeza de haber obtenido la victoria en las urnas y de haberla perdido en un cómputo amañado. Lejos de reparar en ese inconveniente, optó por explotar el sentimiento ciudadano de haber visto burlada, de nueva cuenta, su voluntad, táctica que en el corto plazo le resultó muy redituable por cuanto le permitió mantener movilizados a

vastos contingentes de sus partidarios, pero que tuvo perniciosas consecuencias en el terreno de la cultura política y condujo al movimiento a un callejón sin salida.

En efecto, la avalancha electoral en favor del FDN -una victoria en sí misma- fue procesada y presentada por la dirigencia neocardenista como una derrota, tanto más traumática por ser el resultado del fraude. Y si en lo inmediato la protesta contra el fraude llevó gente a las calles y mantuvo viva por un tiempo la llama de la participación, a la postre el resultado fue contraproducente. El mensaje final y efectivo de una táctica centrada en el fraude fue que el voto no valía y que el enorme esfuerzo desplegado había carecido de verdadera significación: una vía rápida para vulnerar el sentido de eficacia política. Por lo demás, a despecho de las urgencias nacionales, la invocación del fraude supuso abandonar toda política propositiva para concentrar la atención en la demanda de "retorno a la legalidad", lo que a su vez condujo a privilegiar un movimientismo desgastante.

Hipotéticamente, el neocardenismo pudo haber manejado de otra manera la situación postelectoral, asumiendo por ejemplo que pese al fraude, se habían conquistado posiciones importantes, que lo ponían en aptitud de negociar reformas institucionales para abrir paso a un sistema más democrático. Ello no le habría restado autoridad moral y sí en cambio le hubiera conferido un poder de intervención mucho más productivo que el que hasta ahora ha exhibido.

Pero en cierta forma el discurso del fraude y la usurpación era la secuela lógica de todo un desarrollo que lo había ido encaminando hacia la confrontación. Como vimos, a la "ilegitimidad histórica" atribuida al salinismo le siguió, diríase de manera natural, el discurso de la ilegitimidad electoral. El fraude no había hecho sino confirmar la condición espuria de aquél.

A los ojos del neocardenismo, esa doble ilegitimidad en las condiciones de movilización política popular volvería virtualmente imposible la gestión del nuevo gobierno. Para el neocardenismo, la ingobernabilidad era un dato de la realidad. Lo que procedía bajo esta lectura apocalíptica era mantener la presión de las masas lo suficiente para acelerar su caída y no permitirle rehacerse.

Con base en una sobrevaloración de los votos neocardenistas, la dirección del movimiento se sintió avalada en cada uno de sus propósitos, incluso en el exhorto a Salinas para que renunciase a su condición de Presidente electo. Contrario a lo que se pensaba, los votos neocardenistas tuvieron un peso y una significación diferencial: los hubo de inconformidad con el sistema y castigo al PRI, de rechazo a los tradicionales partidos doctrinarios y búsqueda de ofertas políticas novedosas; los hubo también ideológicamente orientados o cargados de simbolismo histórico; los hubo en favor de Cárdenas pero profundamente escépticos de su capacidad de gobernar y desconfiados de sus compañeros de viaje.

Como hemos insistido, cada matiz implicaba un tipo y un grado distinto de compromiso con esa opción política. Al no percatarse de ello, la dirección trazó un escenario de virtual insurrección civil [19] que, dicho sea de paso, revela una pobre concepción de la democracia. A este respecto Luis Salazar ha escrito: "La izquierda tendría que reconocer que la desconfianza y el desinterés de los electores no fueron rotos por sus propuestas ni, mucho menos, por sus organizaciones, sino por una figura casi mítica... Que el milagro cardenista se explica más por el descontento popular que por un proyecto político definido y que, por ende, se basa en un capital político totalmente volátil... Y finalmente, que la construcción de un orden democrático no es, no puede ser, el resultado de un golpe de mano, ni siquiera de una insurrección 'civil', sino un lento y complicado camino de

reformas, rupturas pactadas y negociaciones interminables en el que el problema de conquistar y reconquistar la confianza efectiva de los ciudadanos exige principios sólidos, metas claras y capacidad de reconocer la verdad aunque no parezca conveniente: en pocas palabras, dignificación ética de la política" (Salazar, 1989:40-41).

A manera de epílogo

No obstante que el actual PRD ha proclamado públicamente su adhesión a la vía pacífica y sus convicciones democráticas, en su discurso y en su práctica política se pueden hallar fuertes resonancias de posiciones insurreccionalistas. Esta ambigüedad revela la tensión existente en el interior del partido entre las corrientes orientadas a depurar las reglas del juego político y a establecer compromisos de fondo con todas las fuerzas que en él participan para arribar a un nuevo orden político, y aquellas otras partidarias de combatir al sistema y hacerse de las posiciones centrales del Estado para desde ahí transformarlo. La primera tiene como referente a la democracia; la segunda, a la revolución. De aquella se desprende una política favorable al diálogo y al pacto; de ésta, una estrategia de confrontación global.

Como hemos tratado de demostrar, una singular combinación de factores tanto endógenos como exógenos al neocardenismo crearon un cuadro político propicio para el predominio de una interpretación insurreccionalista de los acontecimientos que tuvo como lógico corolario la estrategia de confrontación, afirmada a final de cuentas por el hostigamiento oficial. Quizás nadie haya condensado tan claramente esta línea de acción como Adolfo Gilly en un artículo denominado "El perfil del PRD" (Gilly, 1990:61-71). El texto es importante al menos por dos razones: primero, porque es un ambicioso intento de fundamentar políticamente la justeza y la pertinencia de esa vía y segundo, porque expresa la visión del grupo hegemónico en ese partido, en el cual convergen sobre todo la antigua Corriente Democrática del PRI y el Movimiento al Socialismo (MAS), grupo de izquierda radical constituido al calor de la campaña del FDN y del que proviene el propio Gilly. Dos nos parecen las partes medulares del texto.

1. Gilly afirma que una de las grandes disyuntivas del PRD es si lucha por una ruptura o por una reforma del régimen de partido de Estado. Aunque declara a ésta una cuestión abierta aún al debate, Gilly se inclina claramente por la ruptura, vía que se asienta en el supuesto de que el régimen es orgánicamente incapaz de cambiar por un acuerdo o un pacto político y "deberá ser acorralado y removido por las movilizaciones democráticas, como sucedió en 1989 con los partidos de Estado de varios países de Europa". Lo que el autor está señalando es que ni hoy ni en el futuro el poder político en México se estará jugando en el terreno electoral, que resulta inviable un proceso de transición gradual en el cual el partido esté dispuesto a entregar el gobierno en virtud de su eventual condición minoritaria y que, así las cosas, la participación electoral sólo puede tener un valor instrumental: exhibir al régimen y movilizar a una gran masa capaz de desplazarlo.

Lo anterior es consistente con su afirmación de que la tarea del partido no es remplazar al gobierno, sino cambiar la sociedad que ha legitimado la desigualdad y la injusticia: "Y la única forma en que una sociedad desigual e injusta puede cambiarse no es que unos sustituyan en el gobierno a otros, sino que la sociedad se organice a sí misma y ella decida cambiar, desde abajo y entre todos. Si el PRD ha de servir para algo, será para contribuir a que la sociedad pueda hacer eso".

Si lo anterior constituye una propuesta de estrategia, parecería estar implicando que la alternancia en el poder no es un valor político en sí mismo, que es subordinable a los contenidos políticos sustantivos y que en la medida en que la alternancia (y por lo tanto el

voto y los comicios) no garantiza la resolución de los problemas sociales de fondo, lo que procede es transformar revolucionariamente la sociedad.

2. Gilly señala, por otra parte, que uno de los pilares teóricos del PRD es el de la restauración de la república. La expresión remite a lo siguiente: como lo evoca en su escrito, en la madrugada del 9 de julio de 1988, Cuauhtémoc Cárdenas informó a los medios que el PRI y su candidato presidencial Salinas de Gortari habían perdido en la contienda electoral, que lo sabían y que pese a todo habían resuelto proclamar su triunfo burlando la voluntad popular. Esta decisión fue calificada por Cárdenas como un golpe de Estado técnico, del que emergería un gobierno ilegítimo. Bajo esta perspectiva, el objetivo político sólo podía ser el de remover al gobierno para restablecer la legalidad y restaurar la república.

Estas ideas, dice Gilly, "no pueden ser abandonadas, oscurecidas, diluidas, negadas o negociadas sin negar una de las razones de ser de este partido. Algunos pueden llamar a esto gidgez. Nosotros preferimos llamarlo, sencillamente, coherencia".

Puesto que restaurar la legalidad es una tarea que supone remover al gobierno que la vulneró, Gilly añade que "la primera consecuencia concreta de esta actitud es que el PRD, si bien muchos de sus dirigentes o afiliados en funciones de representación política o social pueden y deben tratar innumerables problemas con diversas autoridades del Estado para alcanzar las mejores resoluciones posibles a problemas concretos, como partido (sic) no puede dar ningún paso que pueda ser interpretado como un reconocimiento de legitimidad a quien no la obtuvo por el voto ciudadano".

El párrafo es por demás revelador de la tensión existente entre la necesidad de actuar en los órganos de representación política (en donde sus militantes actúan también como partido) y los límites que les impone la línea de no pactar con las autoridades en virtud de que ello implicaría -independientemente de la materia de acuerdo- dar tácito reconocimiento al gobierno, socavando ante la ciudadanía la imagen de "entereza política y moral" del PRD. Requisitos ambos, en esta lógica, para reeditar en 1994 la movilización que protagonizó en 1988.

El texto de Gilly es una tentativa de dar estatuto teórico a una fórmula opositora que, de mantenerse invariable, podría acarrear ominosas consecuencias tanto para el partido como para el futuro de la democracia y aun para la estabilidad política del país.

Y es que, por principio de cuentas, y a juzgar por los hechos, la política beligerante del neocardenismo lo ha aislado y le ha impedido influir activa y positivamente en una reorientación del desarrollo nacional en un sentido democrático. Por otra parte, lo ha involucrado en una refriega que ya ha producido cruentos choques en diversas zonas del país. Hasta ahora, esos brotes se han mantenido en zonas bien acotadas pero el círculo vicioso de polarización no deja de representar un riesgo de fracturas mayores.

De ahí que en el horizonte de la democracia aparezca como perentorio desmontar el dispositivo político-discursivo que está detrás de la estrategia de confrontación, la cual ha caracterizado al PRD pero también al PRI y que ha llevado a ambos a plantear su intervención política en términos de mutua y radical exclusión.

Del lado del PRI, mucho depende de la titubeante reforma que ha emprendido a partir de la XIV Asamblea y que hasta ahora ha arrojado resultados contradictorios. Del lado del PRD ello exigiría desplazamientos y reformulaciones en diversos ámbitos, principalmente en los siguientes:

a) La transición hacia modalidades mucho más institucionales de la práctica política, capaces de rebasar la aleatoriedad característica de un liderazgo carismático como el de Cárdenas.

b) El inequívoco reconocimiento de la legalidad y de las vías institucionales para el cambio político; en otras palabras, el rechazo a la ruptura del orden institucional en aras de una presunta búsqueda de una democracia "sustantiva" y no sólo formal.

c) El paso de la búsqueda de una legitimidad histórica de carácter excluyente (el partido histórico de los trabajadores, el representante del interés nacional, etcétera) a una lucha en el terreno de los programas políticos concretos, así como la renuncia a la idea de la ilegalidad del actual gobierno, que lo ha anclado en julio de 1988 y en la práctica lo ha relevado de la responsabilidad de un quehacer político más sistemático e incisivo.

d) La incorporación de la práctica de la negociación y el compromiso como una dimensión insustituible en la lucha por construir un orden democrático.

Estos cambios, que supondrían un viraje sustantivo en el PRD, enfrentan serios obstáculos y resistencias internas y externas que vuelven incierta su puesta en práctica. El viraje, pues, está sujeto a numerosas contingencias de orden político, social, cultural y aun económico, y específicamente a la manera como los diferentes sujetos políticos las procesen subjetivamente.

Lo que ocurra en el frente perredista se verá afectado por lo que suceda, entre muchos otros factores, con la proyectada reforma priísta, el nuevo código electoral y comicios locales clave, la situación económica y el desempeño y la imagen presidencial.

Resulta imposible enumerar siquiera las variables intervinientes en procesos tan complejos, pero tomando algunos elementos que nos parecen centrales, esbozamos, para concluir, algunos escenarios posibles del desarrollo del movimiento neocardenista y del futuro de un compromiso democrático.

A. El fracaso de la reforma priísta, con el consecuente repliegue de la corriente democrático-modernizadora y el repunte de los intransigentes, ofrecería las condiciones para una polarización mayor entre el PRI y el PRD, afianzando en este último la idea de la pertinencia del opositorismo a ultranza. Este cuadro se vería igualmente favorecido por el uso evidente de prácticas fraudulentas del PRI y una eventual inoperancia del nuevo código electoral. El deterioro severo de la imagen presidencial sería un elemento que añadiría tensiones a un clima sociopolítico explosivo. En general, el debilitamiento de la figura de autoridad o un desquiciamiento -cuya fuente puede ser el ámbito económico- que provoque incertidumbre y temor social sin duda sembrarían el terreno para el resurgimiento de la confrontación política visceral, las visiones insurreccionalistas, los liderazgos carismáticos y las promesas mesiánicas. Ello beneficiaría en lo inmediato la candidatura de Cárdenas, pero pondría en serio predicamento la idea de una transición pactada entre todos los partidos sobre una base compartida. Por lo demás, bajo las circunstancias descritas, el desbordamiento de la violencia dejaría de ser una posibilidad remota, donde las consecuencias son impredecibles. Este es, sin duda, el peor de los mundos posibles.

B. Habría un segundo gran escenario -una variante del anterior- marcado por el desencanto ciudadano por la política, que alejaría a la gente de las urnas propiciando un juego político cada vez más cerrado. Tal desencanto sería resultado esencialmente de la reiteración del fraude electoral, de una dinámica política muy polarizada y de prácticas partidarias demasiado concentradas en sus problemas domésticos y por ello incapaces de

interpelar a las masas. En tales circunstancias, crecería aún más el abstencionismo, la competencia partidaria se debilitaría como espacio legitimado y con reconocimiento social, y la transición democrática dejaría de ser en la agenda política del país. La todavía precaria implantación de los partidos en la sociedad, sus tradiciones y diversos elementos de la cultura política nacional (bajo sentido de eficacia política, desconfianza ciudadana en las élites partidarias y gubernamentales, etcétera) alimentarían una evolución política en esta dirección.

C. Un tercer escenario puede desarrollarse sobre los supuestos de que en el proceso de reforma priísta las fuerzas renovadoras e intransigentes lleguen a una situación de empate o arriben, incluso por mutua conveniencia, a un *modus vivendi* que daría lugar a un discurso ambiguo y oscilante entre la conciliación y la intolerancia. Aun así, con los diversos ajustes internos el PRI podría resultar más competitivo y repuntar electoralmente, mientras que el PRD declina en términos relativos. La combinación de ambos elementos, sin embargo, difícilmente provocaría una revisión profunda en la estrategia del PRD. Y esto por dos motivos principales: primero, porque el PRD puede minusvaluar en el diagnóstico de las derrotas el peso de su propia política, y segundo y más importante, porque el partido realmente tiene la mira puesta en las elecciones presidenciales de 1994, de modo que los tropiezos en los comicios previos no necesariamente inducirían un replanteamiento. Si la actual línea del PRD se sostiene sin grandes cambios hasta los comicios de 1994, las condiciones en ese año podrían ser, en este escenario, menos propicias al neocardenismo que las de 1988. Concretamente ello ocurrirá si contra la apuesta perredista, la situación económica se mantiene dentro de límites manejables y sobre todo si el Presidente de la República logra sostener una imagen positiva ante la ciudadanía tal que pueda ser electoralmente capitalizable por el PRI. Ello no es improbable: como han demostrado recientes encuestas en el DF, puede haber simultáneamente un deterioro en la manera como se percibe (y se experimenta subjetivamente) la situación económica y un mejoramiento de la imagen presidencial.) [20] En general, estos elementos y un perfil concertador del candidato presidencial priísta podrían atenuar en parte la polarización política, fuera de la cual la estrategia perredista actual pierde eficacia. Un fracaso en 94 sí dejaría el camino abierto a una reformulación en el seno del PRD; si ni en esas condiciones ello fuera posible, su futuro sería el del desgaste y la vida vegetativa. Con todo y lo aventurado que resultan los ejercicios prospectivos en virtud de la fluidez y la volatilidad de los acontecimientos, este escenario, que remite a un cierto *impasse* hasta las próximas elecciones presidenciales, aparece desde nuestro punto de vista como el más probable (aunque no necesariamente como el más plausible).

D. Un cuarto escenario podría configurarse a partir de una declinación vertical del voto perredista en las elecciones intermedias, de un fracaso de la dirección neocardenista en su tentativa de reactivar un amplio frente opositor para anular al partido gobernante, o bien de una recomposición política en el interior de esa alianza que potenciara a las fuerzas partidarias de una transición pactada. Estos elementos crearían condiciones favorables a las corrientes que buscan darle una nueva identidad al PRD, lanzándolas a un primer plano y apresurando así una redefinición de su discurso. Ello lo pondría en aptitud de desarrollar una intervención política más productiva.

El sistema político mexicano se encuentra en un proceso de profundos y contradictorios ajustes cuya desembocadura está lejos de ser clara. Sus diversos protagonistas buscan imprimirle su impronta a partir de la peculiar lectura que cada uno de ellos hace sobre dicho proceso y el papel que en él le corresponde desempeñar. Como hemos intentado demostrar, las lecturas prevalecientes en las cúpulas de algunas de las principales fuerzas políticas del país son adversas a la pretensión de construir un Estado de derecho pleno y un sistema político democrático. De no mediar, por ello, una reformulación de las

identidades y los discursos de estas fuerzas al grado de desterrar la violencia, la exclusión, y de sentar las bases de un compromiso político básico, la democracia no será posible.

CITAS:

[1] De aquí en adelante utilizaremos el término genérico de "neocardenismo" para designar al movimiento que tuvo su origen en la Corriente Democrática del PRI, se expresó electoralmente en el Frente Democrático Nacional y, luego de una considerable recomposición, devino en Partido de la Revolución Democrática. Creemos que el término es útil por cuanto identifica al movimiento por el nombre de quien fue su líder máximo y remite a una conducción de carácter carismático, que, como veremos, le imprime a aquél un perfil y una dinámica de desarrollo peculiares.

[2] Tal es el hallazgo de algunas encuestas recientes. En una de ellas se afirma que "tan solo una decimotercera parte de la ciudadanía capitalina concebiría a la política como un asunto donde el actor fundamental es ella misma. La política es primordialmente entendida como algo genético... inafectable por acciones voluntarias". Y en otra parte se afirma que sólo la cuarta parte de la ciudadanía entrevistada considera que los políticos se preocupan por lo que piensa la gente. Y la imagen de los partidos es igualmente precaria: siete de cada diez personas estimaron que provocan divisiones entre la gente y sólo sirven al interés de sus líderes (De la Peña y Toledo Laguardia, 1990: 11).

[3] Ambos conceptos (sujetos y cultura política) son centrales en el desarrollo de este trabajo, por lo que es preciso acotarlos mínimamente: por cultura política entenderemos el conjunto de valores, hábitos, juicios y expectativas históricamente conformado desde el que se traza el perfil de las identidades colectivas en relación con un sistema político determinado, y que aparece como "sustrato desde el cual es necesario comprender la dinámica de actuación de (las) fuerzas (sociales y políticas) y su impacto político institucional" (Gutiérrez López, 1989. 44). Por otro lado, el concepto de sujeto político nos permite entender a la política en su productividad y en su conflicto. Remite a identidades que no corresponden ni se desprenden de posiciones socioeconómicas y no ata a ningún referente que no sea al propio ámbito político-ideológico. Asimismo, las sucesivas reelaboraciones a que se ha sometido a este concepto le han otorgado una connotación de alguien que es protagonista de la acción pero, al mismo tiempo, se ve limitado tanto por estructuras institucionales como por una red específica de relaciones (sujeto-sujetado). De alguien, además, que lejos de ser una unidad indisociable y coherente, está atravesado por determinaciones múltiples y contradictorias (sujeto escindido), lo que lo hace una "formación de compromisos" entre tendencias contradictorias.

[4] Contra lo que se pudiera pensar, del modelo racional-iluminista de formación de la voluntad política no es, en modo alguno, monopolio de algunas corrientes o escuelas. Tan es así que como acertadamente ha demostrado Helmut Dubiel (1990.18), escuelas en apariencia antagónicas como la llamada neoconservadora y la neomarxista británica comparten sus premisas. La primera asume el proceso como "interiorización de imperativos racionales en relación con fines", imperativos que deberían y podrían exigirse al individuo también a costa de sus necesidades subjetivas según un mundo ordenado de sentido. La segunda lo asume como "representación de intereses de clase colectivamente conscientes". Ambas entienden el proceso de formación de la voluntad política como producto de un convencimiento dirigido argumentativamente y puramente racional o, en su defecto, como resultado de una manipulación propiciada por el desconocimiento de los sujetos sobre sus fines "reales" y "objetivos".

[5] En la teoría psicoanalítica se entiende que el sujeto, para ser reconocido por los demás, tiene que renunciar a lo que primariamente le producía placer. El ello, el mundo de lo pulsional que no conoce la negación y sí la búsqueda del placer, queda como fuerza subterránea. El sujeto adviene como tal cuando el ello es bloqueado (aunque nunca eliminado). La búsqueda de completud en el ideal tiene que ver precisamente con la pervivencia de lo pulsional y su interacción con las fuerzas del Yo.

[6] De lo que se desprende que para entender la formación de las identidades no basta analizar el discurso en sí -que visto aisladamente no es sino sentido incompleto, presunción de sentido- sino el discurso desde la perspectiva de quienes lo reciben y, al hacerlo, lo resignifican.

[7] Si uno rastrea su origen se pueden hallar tempranas referencias a estos términos, ya con esa connotación de rechazo al disenso y la pluralidad, en el discurso político de Fidel Velázquez. Así, por ejemplo, ya en 1941, consolidada su posición en la CTM frente a Lombardo Toledano, Velázquez afirmaba cosas como la que sigue: "Si estamos de acuerdo en que la unidad y la disciplina son factores básicos para que nuestra organización pueda luchar con éxito en contra de sus enemigos, hemos de hacer que esa unidad se realice en toda su magnitud y que la disciplina se guarde por sobre todas las cosas... Después de los acuerdos que aquí tomen ustedes a este respecto, hemos de ser los miembros del Comité Nacional los ejecutores de esos acuerdos y queremos decirles desde ahora que no vamos a tolerar, camaradas, de hoy en adelante ninguna actitud de indisciplina" (Loyo, 1990: 95-96). Se trata, como se ve, de una unidad excluyente de toda disidencia que el dirigente cetemista pudo esgrimir en el contexto del discurso avilacamachista de la unidad nacional, el cual permite pensar en un enemigo externo y trazar campos claramente delimitados entre el "nosotros" y el enemigo y los quintacolumnistas.

[8] Ese es ya un comportamiento "reflejo", afianzado a lo largo de más de cuatro décadas de dominio virtualmente indisputado. Véase, si no, esta declaración también de 1941: "Esa actitud divisionista (la de un grupo de sindicatos inconformes de la FTDF) los hace cómplices de nuestros enemigos (y) tendremos que combatirlos fuertemente con objeto de acabar con esas actitudes que lesionan profundamente la unidad de la Confederación" (Loyo, 1990).

[9] "Nuestro propósito común -se dice en el Documento de Trabajo número 1- es coadyuvar a que la transformación del país se realice con un sentido progresista, mediante el ejercicio de una resuelta acción política en favor del proyecto histórico constitucional". Y en otra parte, llama a "corregir desviaciones, orientar patrióticamente el cambio y cerrar el paso a actitudes entreguistas y al derrotismo" (Corriente Democrática, 1988: 48).

[10] Se trata aquí, por parte de ambas fuerzas, de una típica práctica discursiva de construcción y adjudicación de identidad a otros que no son el sujeto que habla, práctica sumamente frecuente en el espacio del discurso político. Como ha escrito Teresa Carbó: "Las funciones básicas de este procedimiento, lo que sería su eficacia profunda, son fáciles de detectar: la identidad (asumida o adjudicada) de los sujetos sociales que participan en un determinado juego de fuerzas o situación coyuntural es la base a partir de la cual podrán formular toda su intervención en dicho contexto; los rasgos que no estén contemplados en esa definición inicial, o carta de presentación, mal podrán ser invocados como sustento de razones, demandas o posiciones. De igual modo y a la inversa, los rasgos atribuidos y admitidos como constitutivos de una identidad deberán, para ser negados o rechazados, ser objeto de toda una argumentación justificatoria posterior" (Carbó, 1989: 252).

[11] Por cultura política nacional estamos entendiendo los grandes ejes que en este plano articulan la relación gobernantes-gobernados en un país dado. Las identidades colectivas, los sujetos políticos, sus perfiles y formas de acción serían incomprensibles sin remitirse a este cuadro general de valores, hábitos y expectativas predominantes, configurado en largos procesos históricos y sedimentado en lo que se conoce como sentido común.

[12] Sobre esto mismo se ha señalado que "no es impropio calificar de historicista a nuestra cultura política por su generalizada propensión a legitimar la organización sociopolítica de México en los hechos originantes de protagonistas fundadores y en el sentido colectivo que tales hechos creadores de la nación encierran, expresan y realizan... Los hechos fundadores de Independencia, Reforma y Revolución... han discriminado y excluido sucesivamente a grupos sociales, dictaminando su extranjería respecto del sentido de la historia nacional 'genuina'. La 'versión' oficial de la historia mexicana sigue una genealogía reconstruida dentro de la lógica del amigo/enemigo" (Aguilar Villanueva, 1989: 139).

[13] No deja de ser significativo el hecho de que el principal movimiento opositor al priísmo en las últimas tres o cuatro décadas haya surgido de las propias filas de éste y haya planteado como seña de identidad y como programa -disputándosele al partido oficial- el ideario de la Revolución Mexicana.

[14] Asumiendo la idea -que mucho le debe al psicoanálisis- de que la política trata de ofrecer objetos sustitutivos para satisfacer el deseo o la carencia (Gutiérrez, López 1990: 9) el discurso político promete bien obtener lo que nunca se ha tenido, bien reconquistar lo que se tuvo y nos fue arrebatado: el futuro pleno o el paraíso perdido.

[15] Concretamente a la hora del voto y como dejaron ver algunas encuestas previas, hubo por ejemplo gente que sufragó por Cárdenas no por el deseo de que la oposición gobernara, sino, se infiere, para castigar al PRI: "Buena parte de quienes votaron por un candidato opositor probablemente no deseaba que éste formara gobierno, al menos por ahora. Más bien tenía el objetivo de presionar al gobierno para obligarlo a cambiar el sistema. Se tenía la convicción de que su candidato no ganaría o que de hacerlo, difícilmente asumirla el poder (69 por ciento de Cárdenas y 72 por ciento de Clouthier no pensaban en un posible triunfo de su candidato según Gallup)" (Crespo, 1989: 37). Los resultados de la referida encuesta de Gallup fueron publicados originalmente en La Jornada, 27 de junio de 1988.

[16] El planteamiento corresponde a la exposición del Dr. Gilberto Giménez en el Seminario "Aproximaciones al estudio de la cultura política. Identidades y sujetos", UAM Azcapotzalco-Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 28 de junio de 1990.

[17] El intento más acabado del régimen por presentar sus acciones como prolongación del Constituyente del 17, incluso aquellas que parecerían más lejanas u opuestas a él, como la política reprivatizadora, se halla sin duda en la parte inicial del Primer Informe de Gobierno de Salinas de Gortari. La tesis central es que un Estado proveedor de justicia social no tiene por qué ser un Estado propietario y que, en más de un sentido, se contraponen. La conclusión es que para que el Estado recupere las funciones y los compromisos originalmente trazados en la Carta Magna, debe autoconstreñirse.

[18] Sobre este punto, Roberto Gutiérrez ha escrito: "Es probable que lo vertiginoso de la mutación política en curso y las notorias diferencias cualitativas en cuanto al tipo de participación que acompañó a las respectivas campañas de Cárdenas y Salinas, haya producido la certeza del triunfo en el liderazgo del FDN. Esto llevó después del 6 de julio a

una estrategia de impugnación, ciertamente acicateada por un comportamiento priísta fraudulento y prepotente, que circunscribió la acción del FDN a una lógica limitada al desconocimiento del adversario..." (Gutiérrez López: 1990b: 54).

[19] Como se ha intentado mostrar, de la manera como se visualice el escenario donde ha de transcurrir la disputa política depende el tipo de acciones que se consideren viables o pertinentes. Bajo ciertos parámetros, algunas acciones ni siquiera son concebibles o bien, ciertos hechos perturbadores pueden pasar desapercibidos o ser asimilados al escenario trazado en la medida en que éste es al mismo tiempo un dispositivo perceptual y un marco de acción. Un escenario pre-insurreccional descarta por definición todo acuerdo o negociación, lo que explica mucho de la inflexibilidad neocardenista a la que hemos venido aludiendo.

[20] Una encuesta levantada en agosto de 1990 en la capital del país, tercera de una serie bimestral, muestra que entre abril y agosto ha disminuido el número de quienes opinan que la situación económica es buena (alrededor del 5% en el último mes) y regular (poco menos del 30%) y ha aumentado el de quienes piensan que es mala (alrededor del 35%) y muy mala (pasando de poco más del 15% en abril al 25% en agosto). En ese mismo período, por contraste, el número de quienes opinan que la labor del Presidente es buena se elevó casi 15 puntos porcentuales (de alrededor del 38 al 52%), disminuyendo casi en la misma proporción los que opinan que es regular (aproximadamente del 49 al 36%) y manteniéndose estable el porcentaje de quienes la califican de mala (alrededor del 10%). Ello permite pensar que la imagen del Presidente se apoya no tanto en el éxito de su política económica cuanto en la proyección de la idea de un Ejecutivo fuerte, actuante, con real capacidad de liderazgo. Si esto es cierto, desde el punto de vista de la subjetividad, acciones como las emprendidas por Salinas contra La Quina, Eduardo Legorreta, Zorrilla, etcétera serían cruciales en esta percepción ciudadana (De la Peña y Toledo, 1990b. 5-10).

BIBLIOGRAFIA:

Aguilar Villanueva, L. (1989), "Rasgos de la vida pública mexicana", Sociológica, núm. 11, p. 129-149, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México..

Bourdieu, P. (1990), "Espacio social y génesis de las 'clases'", en Bourdieu, P., Sociología y cultura, Col. Los noventa, núm.11, p. 281-309, Conacult Grijalbo, México.

Carbó, T. (1989), "La construcción discursiva de una identidad: el caso de la población indígena", Estudios sobre las culturas contemporáneas, núm. 7, 251-262, Programa Cultura, Universidad de Colima, México.

Corriente Democrática del PRI (1988), "Documento de Trabajo Número uno", Estudios Políticos, núm.;2, 47-48, FCPS-UNAM-México.

Crespo. J.A. (1989), "La cultura política después del 6 de julio", Nueva Antropología, núm.35, junio, 29-38, Conacyt/UAM Iztapalapa, México.

De la Peña, R. y Toledo, R.(1990), "Política y políticos en el D.F.", Política, núm.61, 5 de julio suplemento semanal de El Nacional, México.

De la Peña, R. y Toledo, R. (1990b), "Medios, partidos y ecología (tercera encuesta de opinión en el DF)", Política, núm. 72, 20 de septiembre, suplemento semanal de El Nacional, México.

De Riz, L. e Ipola, E. (1985), "Acerca de la hegemonía como producción histórica", en Labastida, J. (Coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, p. 45-70, Siglo XXI Ed.-IISUNAM, México.

Gilly, A. (1990), "El perfil del PRD", *Nexos*, núm. 152, agosto, p. 61-71, México.

Giménez, G. (1987), "La problemática de la cultura en las ciencias sociales", en Giménez, G. (Coord.), *La teoría y el análisis de la cultura*, SEP-Comesco-Universidad de Guadalajara, México.

Gutiérrez López, R. (1988), "Elementos para un análisis de la cultura contemporánea en México", *Revista A*, núms. 23-24, enero-agosto, 9-16, UAM-A, México. Gutiérrez López, R. (1989), *Cultura política y transición a la democracia. PRI y PRD en la coyuntura actual*, *Sociológica*, núm. 11, p. 43-57, UAM-A, México..

Gutiérrez López, R. (1989b), "La izquierda en movimiento. Hacia una evaluación de su cultura política", Lechuga, J. y Chávez, F. (Coords.), *Estancamiento económico y crisis social en México. 1983-1988*, Tomo II, UAM, México.

Gutiérrez López, R. (1990), "En torno a Psicología de Masas y análisis del Yo", multicopiado, UAM-A, México. (Una versión modificada de este texto puede hallarse en la presente revista).

Helmut, D. (1990), "El fantasma del populismo", *Política*, núm. 43, 1 de marzo, suplemento semanal de *El Nacional*, México.

Laclau, E. (1985), "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política", en Labastida, J. (Coord.), 19-44, op. cit.

Landi, O. (1981), "Sobre lenguajes identidades y ciudadanía políticas", en Lechner, N. (Ed.), *Estado y política en América Latina*, 172-198, Siglo XXI Ed., México.

Loyo, A. (1990), "La Confederación Proletaria Nacional: un primer intento de quebrar la hegemonía de la CTM", en Loyola, R. (Coord.), *Entre la guerra y la estabilidad. El México de los 40*, Col. Los Noventa, núm. 9, 85-108, Conacult-Grijalbo, México.

Salazar, L. (1989), "Partidos políticos y transición a la democracia en México", *Sociológica*, núm. 11, 27-42, op. cit.

Verón, E. (1981), "La semiosis social", en Monteforte, M. (Coord.), *El discurso político*, 145-165, Nueva Imagen, México.

Xelhuantzi, M. (1988), "La Corriente Democrática: de legitimidad y de alianzas (junio de 1985 julio de 1987)", *Estudios Políticos*, núm. 2, 19-34, FCPS-UNAM, México.